

conocerle, y ¡oh placer, inmediato consuelo del dolor! ¡oh esperanza, bálsamo inefable de la incertidumbre! Joaquinito se hallaba ileso: no le faltaba ni un pelo de su cuerpo. Todos respiraron.

Joaquinito hizo un esfuerzo para sonreírse, pero no pudo, porque esa graciosa curvatura de los labios, que trasmite una viva impresión al rostro, es propiedad absoluta del hombre, á quien se la ha concedido la naturaleza para que engañe más fácilmente á sus semejantes.

Joaquinito hubiera querido sonreírse, pero no pudo.

Su madre, después de prodigarle toda clase de caricias, le mandó que les refiriera todo lo que le había sucedido, porque la encantadora media lengua de Joaquinito era el regocijo de la familia.

—Pues verá usted, mamá,—añadió Joaquinito.—Esta mañana salí sin intención de alejarme de casa, pero tropecé con Paquita, la hija de D. Mamerto, y siempre que nos encontramos jugamos á hacer escarbaduras, saltar tomillitos y dar coces arrojando la tierra y las chinitas por encima de las orejas. Paquita me dijo que ella sabía una *majada* en donde los brotecillos de las yerbas eran los más finos, los más frescos y los más tiernos de todo el monte. Fuimos allí y almorzamos hasta llenar de verdad las tripitas, y luego ella buscó una mata y yo busqué otra, hicimos nuestra cama y nos acostamos. El Sol comenzaba á salir entonces: ¡qué ricamente se estaba allí, mamá! Las ramitas, movidas por la brisa matinal, me rozaban en el lomo y las orejas haciéndome cosquillas. Yo sentía un sueño dulce... dulce... los ojos se me cerraban poco á poco; hasta que, por fin, me quedé dormido. No sé el tiempo que trascurrió, pero en sueños me pareció oír á lo lejos voces y sonidos de pitos y trompetas. De pronto la mata que me servía de refugio se estremeció, tronchándose en todas direcciones, como si un gigante la sacudiese con una fuerte estaca; y una voz agria, aterradora, que me llenó de espanto, gritó:—¡Ah perro! ¡ahí va el colín! ¡ahí va! ¡ahí va!—Yo di un salto, y rápido como un rayo arranqué ladera arriba á favor del viento, que me empujaba dando mayor velocidad á mi carrera. Cuando llegué á la cumbre me encontré de repente con un animal muy grande, cuya presencia, llenándome de terror, me cortaba el paso.

—¡Un animal muy grande! Era un hombre,—exclamó Prudencio interrumpiendo á su nieto.

Joaquinito continuó de este modo:

—Yo hice muchos regates, me escabullí entre sus pies; él dió algunos saltos y me apuntó con una *cosa larga y redonda* que llevaba en las manos. De aquella *cosa* salió un chorro de fuego y un ruido espantoso,

como si reventara el monte. Yo me vi envuelto en tierra y hojas de chaparro. Di tres ó cuatro saltos, y seguí corriendo, porque me silbaban los oídos y me ardía el pelo. Por fin, sin saber cómo, llegué á casa, y aquí me tienen ustedes más muerto que vivo.

—Bendito sea Dios que te ha librado de un *tenazón*. Si llega á cogerte te divierte, y á estas horas te hallarías *apiolado* y destripado en poder de ese animal llamado *hombre*. Hoy has nacido, hijo mío, gracias á la torpeza de ese cazador, causa de todos tus sustos.

Apenas D. Prudencio había pronunciado la última palabra, cuando otro conejo entró precipitadamente en la madriguera. Todos corrieron á su encuentro; pero ¡ay! el infeliz herbívoro sólo tuvo tiempo para arquear el espinazo, dirigir á derecha é izquierda el hocico, mirar con dolorosa expresión en derredor suyo, dar un salto y caer tan largo como era, exhalando el último suspiro.

—¡Muerto!—exclamó D. Prudencio.

—¡¡¡Muerto!!!—repitieron los que le rodeaban.

—¡Infeliz Manolito!

Todos aquellos ojos claros, redondos y saltones, que contemplaban el cadáver de Manolito, buscaron una lágrima para expresar su pena, pero fué inútil. La naturaleza, madrastra de los conejos, les ha negado las lágrimas, bálsamo consolador del corazón.

El silencio de las tumbas se estableció en la madriguera de D. Prudencio.

Mientras tanto en la superficie de la tierra crecía la algazara, la chacota, los trompetazos y las detonaciones de las armas de fuego.

Estaban ojeando encima de aquella desventurada familia de roedores. Los hombres se divertían. Los conejos temblaban.

Cada estampido causaba un doloroso estremecimiento á la medrosa prole de D. Prudencio.

Otro conejo penetró por las bocas. Tenía el cuarto trasero destrozado y se apoyaba con fatiga en las patas delanteras. Era un herido grave: se acurró en un rincón exhalando un suspiro.

Poco después entró otro con una mano rota y el lomo chamuscado. Luego otro, que espiró á los dos minutos, tenía pasados los riñones.

El dolor extendía sus melancólicas tintas por las concavidades del vivir. El frío de la muerte se infiltraba en todos los corazones.

D. Prudencio paseaba triste, meditabundo, murmurando en voz baja palabras entrecortadas. Aquel infeliz padre de familia era la desesperación vestida de conejo.

Poco á poco fueron extinguiéndose las detonaciones de las armas de fuego y la algazara de los ojeadores. El mutismo de D. Prudencio se hacía más sombrío, más impenetrable.

Así trascurrió mucho tiempo. Llegó la noche... Don Prudencio reunió el resto de su familia, contó once individuos sanos, tres cadáveres, cinco heridos: total diez y nueve. Hasta treinta y cinco faltaban diez y seis, indudablemente muertos, *apiolados*... sin tripas y en poder de los hombres. ¡Pobre familia!...

Aquel padre infeliz levantó los ojos al cielo de su madriguera con profunda expresión de dolor, y rechinando los dientes murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Cobardes! ¡salvajes! ¡pilllos! ¿Qué daño os habian hecho mis queridos hijos? ¡Qué infame es el hombre! ¡Qué repugnante cuando la echa de filántropo! ¡Hipócritas!

De repente D. Prudencio se estremeció. Dilató y replegó las narices muchas veces con nerviosa rapidez, como si *venteara algo*; hizo girar sus largas orejas en todas direcciones, y por último meneó la cabeza.

Todos comprendieron que aquellos síntomas eran alarmantes.

Encima de las bocas se oyeron pasos. Aquellos pasos retumbaron en las concavidades de la madriguera de un modo tétrico.

D. Prudencio dijo:

—¡Si tendremos después de los cazadores señoritos, que ojean á la luz del día, el cazador de pan y cebolla, que huronea las bocas de noche, el soez matutero que vive fuera de la ley!

D. Prudencio aplicó con más tenacidad las orejas, oyó el imperceptible sonido de dos cascabeles, uno por la derecha y otro por la izquierda, y, dando un salto que desmentía la vejez de sus piernas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Maldición! ¡¡¡Los hurones!!!

—¡Los hurones!—repitieron con espanto todos los que le rodeaban.

—¡Sálvese el que pueda!—gritó una coneja anciana, saltando por encima de un gazapo.

¡Aquí fué Troya! ¡Noche de luto! ¡Noche de espanto! ¡Noche de sangre! La pluma es impotente para describirte. Los colores del prisma, pálidos para pintarte. La sencilla y honrada familia de D. Prudencio corría, saltaba en todas direcciones, tropezaban los unos contra los otros haciendo increíbles evoluciones. Entraban por un caño con la rapidez del rayo; volvían á retroceder con la velocidad de la centella. El pánico

había roto los cariñosos lazos de la familia. El egoísmo se desarrollaba con toda su repugnante pequeñez. Cada cual pensaba en salvarse solo, aun á costa de sacrificar á su semejante.

La madriguera construída por D. Prudencio y sus descendientes era una obra de arte que hubiera causado la admiración de los arquitectos y los castores. Tenía tres pisos y un profundo sótano; y era un dolor ver el azoramiento de los pobres conejos, que, huyendo de los *bichos*, tan pronto se subían á las boardillas como se bajaban á las cuevas.

El pestilente olor y el sonido de los cascabeles eran indicios de muerte. Los enemigos se acercaban. Toda la prole de D. Prudencio se refugió en la pieza central, es decir, en el salón de las grandes ceremonias. Allí formaron un grupo que hubiera hecho derramar lágrimas de dolor á un usurero.

De repente, por distintos corredores, asomaron los largos hocicos y cilíndricos cuerpos de los hurones. Allí se detuvieron, se relamiéron con delicia los bigotes, y, con esa incansable movilidad temblona de cabeza que les es propia y que sólo puede compararse á la de los conejos de yeso que tienen el cuello sostenido por un alambre, olfatearon con placer su abundante presa.

D. Prudencio dirigió en derredor suyo la última mirada del naufrago, en cuyo fondo brilla el moribundo resto de esa hermosa luz de la esperanza. En esa mirada vió dos cosas: que uno de los hurones llevaba bozal, y que detrás del sitio donde se hallaba había un agujero practicado en la pared, principio de un caño sin salida.

Con la rapidez del pensamiento se ocultó en aquel agujero, y haciendo un esfuerzo titánico arrastró con los dientes y las patas delanteras el cuerpo de un compañero muerto, con el cual cubrió la entrada. Quedóse, como dice el *Diccionario*, trasconejado, y respirando con fatiga se dijo para sí:

—Aquí me escondo, y sea lo que Dios quiera.

Aquel padre de familia por la primera vez de su vida cometía una acción indigna: pensaba salvarse abandonando su prole.

El hediondo olor de los hurones se extendió por la madriguera. Los asquerosos carniceros de generación de las astutas martas se lanzaron, con la ferocidad propia de su instinto, sobre los amedrentados conejos.

Sabido es que el hurón á manera que se irrita le brillan los ojos como si despidieran fuego, y aumenta de un modo insoportable la fetidez que despiden su cuerpo.

Su ferocidad es tan extrema, que en la época del celo la hembra persigue con tenaz empeño al macho,

y si no es correspondida muere de rabia, y no pocas veces devora á sus hijuelos al mismo tiempo que los va pariendo.

Los conejos saben todas estas cosas, que ignoran muchos hombres, y por eso cuando ven penetrar á los hurones en sus vivares huyen aterrados buscando en la fuga la salvación; pero ¡ay! la fuga para la infeliz familia de D. Prudencio no fué esta vez la salvación, sino la muerte, pues la boca que no estaba tapada tenía su *capillo* de red, en donde iban cayendo uno en pos del otro; y el hombre, el infame matutero, que les esperaba á la salida, les cogía sencillamente las patas traseras con la mano derecha y las orejas con la izquierda, y estirando en sentido contrario los iba desnucando uno á uno con criminal indiferencia.

¡Todos perecieron! menos D. Prudencio, que pasó *trasconejado* horas de mortal angustia, de increíble dolor.

Cuando un largo y prolongado silencio le convenció de que los hurones habían abandonado la madriguera, Prudencio salió de su escondrijo.

¡Espantoso cuadro fué el que se presentó ante sus ojos! La sangre, la muerte, sembraban el pavimento de aquel *hogar* querido.

Prudencio hubiera dado todos los pelos de su bigote por derramar una lágrima sobre aquellos restos amados. Pero ¡ay! sus ojos permanecieron secos cuando su corazón se rompía en pedazos. ¡No pudo llorar!

—¡Huyamos de esta mansión de muerte y de sangre!—exclamó arañándose las orejas con furor. ¡Huyamos de este hogar que en otro tiempo fué el paraíso de mis amores! ¡Si permanezco aquí me moriré de tristeza y de dolor, y yo quiero vivir!

Prudencio, con toda la cautela de un conejo viejo, comenzó á buscar una salida. Algunas bocas estaban tapadas. Por fin, después de muchos afanes, se encontró una libre por donde penetraba un poético rayo de la Luna.

Antes de arriérgarse á salir, examinó con prudencia si la boca tenía *capillo*; y, persuadido de que estaba

franca, aspiró con delicia la brisa nocturna, que le enviaba todos los perfumes del monte.

Avanzó un poco, sacando medio hocico y la punta de las orejas. Se detuvo. Todo era calma, todo quietud. El silencio de la noche convidaba á la fuga. Prudencio recobró por completo la serenidad, y, avanzando resueltamente algunos pasos, salió de aquella mansión de espanto y terror.

Pero... estaba escrito... Apenas había sacado todo el cuerpo de la madriguera, cuando sintió un peso incommensurable sobre su lomo que le pegaba á la tierra, y un aliento de fuego que le quemaba el cogote. Volvió espantado la cabeza, y se encontró junto á sus ojos la risueña fisonomía de una zorra, que le dijo dulcemente, haciéndole un saludo.

—Buenas noches, señor conejo.

D. Prudencio cerró los ojos, exhaló un gemido y pensó en la muerte.

La zorra matutera de última hora, merodeadora de los montes, abrió la boca, bostezó con delicia, y, cogiendo con sus agudos dientes á D. Prudencio por los riñones, le sacudió con rapidez á derecha é izquierda, tirándole por el aire.

Prudencio cayó al suelo, estiró las patas y murmuró con agonizante acento:

—Está visto... No se puede... ser... cone... jo.

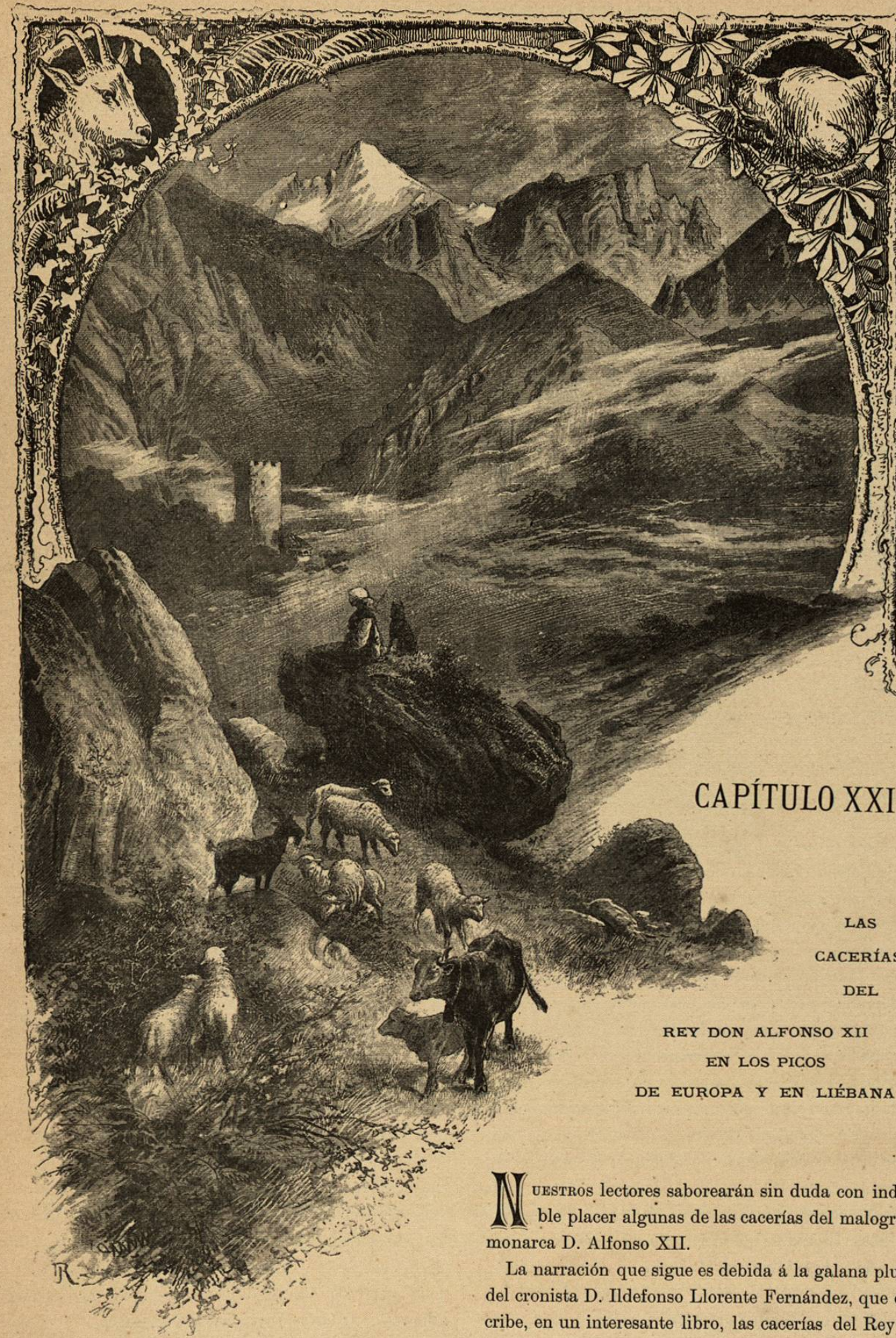
Luego espiró.

La zorra cogió su presa y se internó con ella en la boca de un matorral espeso.

D. Prudencio y su familia habían dejado de pertenecer al mundo de los seres animados. Los hombres, los hurones, y la zorra, habían borrado sus nombres del gran libro de los vivos.

¡¡¡Pobres conejos!!!

Al día siguiente unos cazadores almorzaban con gran algazara sobre el vivar de D. Prudencio. Aquellos *infames* ni siquiera sospechaban que debajo de sus posaderas se había desarrollado la sangrienta acción de un *drama subterráneo*.



CAPÍTULO XXIV

LAS
CACERÍAS
DEL

REY DON ALFONSO XII
EN LOS PICOS
DE EUROPA Y EN LIÉBANA

NUESTROS lectores saborearán sin duda con indecible placer algunas de las cacerías del malogrado monarca D. Alfonso XII.

La narración que sigue es debida á la galana pluma del cronista D. Ildefonso Llorente Fernández, que describe, en un interesante libro, las cacerías del Rey en los *Picos de Europa y Liébana*.